

La nueva derecha europea

José Ignacio Vásquez Márquez

En el contexto de la crisis de las ideologías y del advenimiento del llamado “desencanto pos-moderno”, no solamente la izquierda sino también la derecha se han visto obligadas a hacer readequaciones doctrinales.

En el artículo que publicamos a continuación¹, el autor nos presenta una panorámica del pensamiento de la Nueva Derecha europea, cuya estrategia se orientaría ya no tanto a tomar el poder del Estado sino a influir culturalmente sobre la sociedad civil.

* * *

NO SOLO LA IZQUIERDA OFRECE FENÓMENOS DE TRANSMUTACIÓN IDEOLÓGICA, si bien es cierta la magnitud histórica de los que hoy observamos en Europa Oriental. También la derecha europea ha experimentado cambios en el ámbito de las ideas en el último tiempo, aunque ellos por su propia naturaleza sean más bien objeto de interés por parte de estudiosos de lo político que por los medios de comunicación de masas.

Nos detendremos a analizar en el presente trabajo un fenómeno ideológico relativamente reciente, paradójicamente más cultural que político, de dimensiones estrictamente europeas, nacido al calor del ambiente inconformista del post-sesenta y ocho, esto es, del declinar de la fe en la modernidad iluminista.

El fenómeno llamado Nueva Derecha, no es fácil definirlo desde el momento que su naturaleza cultural elude toda adscripción a las categorías políticas tradicionales, pretendiendo elaborar una nueva concepción del mundo bajo la forma de una “nueva síntesis” ideológica, estructurada sobre la base tanto de repensar todo aquello que hasta ahora resulta aparentemente contradictorio en los espectros de derecha e izquierda, como de revalorizar elementos y modelos culturales olvidados e inéditos. Más que un movimiento político, nos encontramos, entonces, ante una escuela o corriente de pensamiento.

Ahora bien, la vocación cultural de la Nueva Derecha no pretende tener por finalidad un mero ejercicio intelectual especulativo que se agote en sí mismo para satisfacción individual de sus adherentes. Por el contrario, ella se ha definido en función de un proyecto o estrategia que denominan Metapolítica, es decir, de hegemonía cultural en términos gramscianos. No se busca la conquista del poder político y el Estado, sino de las conciencias y de la sociedad civil.

IV TRIMESTRE 1990

El contenido de esta estrategia está dado en consideración a la actitud crítica e inconformista que asume frente al igualitarismo, el mercantilismo y el individualismo, así como frente al totalitarismo y los imperialismos de diverso signo. Este contenido expresa principios tales como el diferencia-lismo o el derecho a la diversidad, el organicismo comunitario, la defensa de las identidades culturales, nacionales y raciales, la revalorización de las tradiciones propiamente europeas y la resacralización más bien mítica que ecológica, de la naturaleza.

Una cierta tendencia nietzscheana y heideggeriana, junto al descubrimiento y análisis positivo del modelo político cultural de la *Konservative Revolution* de los años 20 y 30 y de la historia del mundo indoeuropeo, hacen aparecer a la Nueva derecha en una posición de reacción a la modernidad. Mientras que su gran interés por lo científico, su adhesión a nuevas disciplinas, como la etología, la sociobiología, la psicología y la genética, le da un aire de ultramodernidad, aparentemente contrastante con lo anterior. En su afán de desbaratar al igualitarismo y fundar una nueva concepción del mundo, una cultura de derecha, es preciso, señalan, contar con un pensamiento abierto a todos los campos del saber, al mundo en general.

En las líneas que siguen, se darán a conocer algunos aspectos de esa corriente, con especial énfasis en su estrategia cultural más que en el desarrollo del contenido teórico y de los principios de su concepción.

Es preciso aclarar que aun cuando nos referiremos al fenómeno en términos generales, teniendo en todo caso como referente principal a la *Nouvelle Droite*, es decir, a la versión francesa, existen diversas tendencias en el resto de Europa no totalmente coincidentes.

El sesenta y ocho y la contestación cultural

EN EL TRANCURSO DE 1968, en Francia, tiene lugar el nacimiento de la corriente político-cultural denominada convencionalmente por la prensa de izquierda como "Nueva Derecha", actualmente floreciente en casi toda Europa "occidental". La ubicación cronológica y geográfica que hacemos no nos permite establecer, sin embargo, una relación de causa y efecto con los sucesos de mayo del 68 ocurridos en París, Nanterre y otros lugares de aquel país.

Si alguna relación pudiere establecerse con las revueltas allí acontecidas, tendría más valor la referencia universal al espíritu de la época, ese espíritu inquieto y rebelde de los sesenta que se materializa en la juventud como gran protagonista, cuyas protestas, bien fueren políticas o sociales, tomaban siempre la forma de una contestación cultural, en cuanto crítica o impugnación general al sistema, aunque ella fuere a menudo la expresión más sentimental que teórica de un espíritu inconformista respecto del "orden burgués".

Resulta difícil negar, en todo caso, la existencia en los años sesenta de un sentimiento latente de malestar y desilusión en las juventudes de los países desarrollados frente al resultado histórico de la modernidad y el progreso, fenómenos éstos que, inspirados en el programa de la Ilustración, darían lugar a la llamada sociedad de consumo.

Tal malestar es percibido en diversos grados por las corrientes de pensamiento político. Es así como las viejas corrientes de derecha e izquierda se encuentran en la incapacidad de asumir la sensibilidad de la época, producto de sus lazos atávicos.

Para la izquierda, especialmente, esta incapacidad se traducirá en un largo periodo de decadencia, una crisis ideológica. Al percatarse que la revuelta de mayo es irreductible a un conflicto de intereses económicos y que de ella se encuentra ausente el sujeto activo de la revolución, el proletariado mismo procederá a autoengañarse con la ficción de sustituir a éste por aquella juventud universitaria e intelectual —sectores, por cierto, tradicionalmente privilegiados de la sociedad—, llegando incluso a expresar jactanciosamente como lo hace Henri Lefebvre en su *Tiempos Equívocos*, "¿Acaso no era la situación de Francia aquella prevista por Lenin en el Estado y la revolución?" o afirmar que los acontecimientos de mayo "fueron lucha teórica e ideológica, lucha de clases a su manera". Para la izquierda, esta renuncia implícita al principio de la lucha de clases —forzada por los porfiados hechos— significa el quiebre de su rigidez ideológica y el inicio del término del monopolio que ejercía sobre el poder cultural, aunque en los ochenta conquistara el poder político, pero, precisamente, por el total abandono del discurso marxista.

Por su parte, la "vieja derecha" había dejado de pensar desde hacía varios decenios y, entonces, difícilmente podía interpretar el malestar existente. La derecha liberal absorta en la gestión económica y la derecha tradicional sumida en la nostalgia nacionalista y autoritaria, en ningún caso podrían llegar a comprender ni dar respuesta al fenómeno de malestar cultural que tenía lugar en ese entonces.

La contestación de la "Nueva Derecha"

EN MEDIO DE ESTE EVIDENTE ESTADO DE CADUCIDAD INTELLECTUAL DE LA DERECHA y ante la necesidad de tomar posiciones ideológicas frente a los tiempos modernos, de dar respuestas culturales a la crisis cultural de la sociedad francesa, comenzarán a surgir a principios del 68, por iniciativa de jóvenes nacionalistas y de derecha inconformistas y contestatarios, grupos de estudios, asociaciones de reflexión y revistas teóricas, a partir de las cuales desarrollarán silenciosa y silenciadamente una lucha al margen de la contingencia política, para abrirse un espacio en el debate ideológico contemporáneo monopolizado casi burocráticamente por la izquierda.

Diez años más tarde ganarían el primer combate, ocupando triunfalmente tanto las páginas de los periódicos y revistas como las pantallas de televisión, y provocando la inevitable división entre simpatizantes y adversarios de la "Nueva Derecha" como sería bautizada en tono burlón por la prensa

izquierdista. Y la verdad es que ésta nada serio podía decir, porque según se reconoce: “¿qué se contesta cuando se interpela en términos de identidad, de pueblos, de etnias, de cultura?, ¿qué contestar al elogio de la diferencia? Encontramos una gran confusión en la prensa de izquierda en los momentos en que en 1979 se desarrolla el debate de la Nueva Derecha. Los intelectuales de izquierda se dan cuenta de no estar armados”.

Transcurridos más de veinte años desde su nacimiento, el pensamiento neoderechista se ha expandido por casi todo Europa “occidental”, de la misma forma en que lo hiciera la versión francesa, es decir, a través de grupos de estudio e investigación, publicaciones y editoriales propias. En Italia, Bélgica, España, Alemania, Grecia, Inglaterra, y, por supuesto, Francia, destacan las más activas. Se observa también en la URSS un grupo sugerente llamado Pamiat (Memoria), iniciativa política e intelectual que se opone a la acción racional y constructivista de las ideologías igualitarias e internacionalistas.

Esta Nueva Derecha, agrupada desde sus orígenes en el GRECE (traducción francesa de Grupo de Investigaciones y Estudios sobre la Civilización Europea), se definirá como “sociedad de pensamiento con vocación intelectual”, de suerte que su acción se centrará única y exclusivamente en el extenso plano de la cultura, con la intención de proyectar y sentar las bases de una doctrina que convencionalmente se denomine de derecha. Aclarando en todo caso que no se trata de una renovación del viejo espectro reaccionario, cuyas ideas se habían estancado desde 1944, sino de la formulación de otra alternativa a las izquierdas y en general a las ideologías igualitaristas, de las cuales esas no son más que hijas legítimas de éstas, sobre la base de una nueva concepción del mundo.

Esta vocación se funda en el convencimiento manifestado por Alain de Benoist, uno de sus más destacados fundadores e intelectuales, “de que los problemas claves de nuestro tiempo, son ante todo culturales, que el choque de las ideologías es más decisivo que los partidos, y que los debates acerca del marco, el modo y el sentido de la vida importan infinitamente más que los que versan sobre instituciones y formas de gobierno”.

En esta perspectiva de “hacer política con las ideas”, actuando sobre el plano de la cultura, la nueva derecha deja establecida la diferencia con la “vieja derecha política”, acusándola de ser “Incapaz de comprender la necesidad de largo plazo”, de estar amarrada a un neutralismo ideológico que le impide definirse en forma permanente. Esta derecha, señala De Benoist, “no ha visto en qué amenaza el poder cultural al aparato del Estado, cómo ese ‘poder cultural’ actúa sobre los valores implícitos en torno a los cuales cristaliza el consenso indispensable para la duración del poder político. Hay una derecha que se agota en grupúsculos, y otra, parlamentariamente fuerte, que sólo se ocupa de lo urgente, es decir, de las próximas elecciones. A fuerza de jugar al corto plazo acaba de perder el largo. Gana en un primer momento y después su margen de triunfo va reduciéndose”.

Luego de esta crítica cabría preguntarse en qué medida podrá ser de derecha esta concepción, que incluso, como veremos más adelante, pretende ser una síntesis de ideas que recogen lo sustancial de todo el arco ideoló-

gico contemporáneo, intentando superar el esquema reduccionista de izquierda y derecha, socialismo y liberalismo. No deja de ser válida la observación hecha por Jean Marie Domenach en su libro *Las Ideas Contemporáneas*, de que “esta nueva derecha no es tan ‘nueva’ ni tan ‘derechista’ como parece, a menos que no sea una cierta izquierda contestataria que inconscientemente ha virado a la derecha”.

Sin embargo, aclaran los propios neoderechistas, aunque su utilización es por convención se reconoce también la existencia de una ideología inconsciente que la propia derecha desconoce, porque “nunca ha adquirido plena conciencia, en el plano formal, de cuanto implican sus aspiraciones. Su mensaje está implícito, y la tarea pendiente es sacarlo a la superficie”. “Nuestro proyecto —agrega Guillaume Faye, otro ideólogo neoderechista— es establecer en estado consciente y formulado la reactivación bajo una forma hipermoderna de otra visión del mundo, inmemorialmente presente en la conciencia europea... Esta concepción del mundo, activa en tanto que subconsciente y que penetró incluso —claramente en el arte— en el cristianismo, es con la que pretendemos organizar una reformulación cultural y lograr la regeneración histórica”.

Por su parte agrega el neoderechista belga Robert Steuckers, en su revista cultural *Vouloir*, que “el hecho de ser llamados ‘Nueva Derecha’ o de haber aceptado esta etiqueta que nos han colgado sobre las espaldas, señala al menos una cosa: el término ‘Nueva’ indica una voluntad de renovación, en consecuencia, un rechazo radical del viejo mundo, de las ideologías dominantes y, por tanto, de los modelos de gestión práctica, económicos o jurídicos que ellas producen”.

La Nueva Derecha pretenderá asumir la vanguardia intelectual de aquella ideología, la que al ser descubierta posiblemente se ubique más allá de lo que en su origen se creía constituía, sintetizando ideas diversas y aparentemente contrapuestas, superando y dejando anacrónica el estado de las viejas ideas y filosofías.

Resulta, entonces, que el término “derecha” para la Nueva Derecha es aceptado *transitoriamente* y como un *formalismo necesario* para la identificación simple que requiere la sociedad de las imágenes y las etiquetas. Por lo demás, el término ha pasado a ser una *res nullius* ante el abandono que los propios derechistas han hecho de él.

Modelo teórico: síntesis y transversalidad

COMO UNA PRIMERA APROXIMACION DE RESCATE DE LA ESENCIA DE ESA IDEOLOGIA, se expresa que ella debe ser considerada, más allá de una simple reacción “anticomunista” o “antiizquierdista”, como la actitud positiva de enfrentar y desbaratar intelectualmente a las ideologías igualitaristas —que, animadas por un odio hacia lo superior de la vida, pretenden hacer tabla rasa de las desigualdades naturales, imponiendo la homogeneización individual, social y mundial— esgrimiendo el principio de la diversidad o diferencia y la defensa de los particularismos vitales.

Esta intención de construir una actitud y un “discurso positivo”, pasa, según los neoderechistas, por la eliminación de estas posiciones equívocas

—anticomunistas o antiizquierdistas— que los radicalismos de derecha y los nacionalistas populares y autoritarios, “herederos de la derrota”, aún no abandonan, porque “no quieren dar vuelta definitivamente la página de la postguerra”.

El rechazo al igualitarismo “implica —dice Alain de Benoist— juzgar a los hombres no por el simple hecho de su presencia en el mundo, sino por su valor, apreciado en función de un criterio adecuado a su actividad personal y de los caracteres específicos de las comunidades en que se inscriben...”. Agrega, para aclarar lo anterior, que “no supone querer acentuar las desigualdades tantas veces detestables que vemos alrededor, pero sí estimar que la diversidad es el *fait-du-monde* por excelencia, que esta diversidad produce fatalmente desigualdades relativas, y que la sociedad las debe tomar en cuenta...”, pues ellas permiten el devenir histórico y no su fin, así como “estimar que en las relaciones sociales el valor de las personas se mide sobre todo por las responsabilidades que cada cual asume, referidas a sus aptitudes concretas; que la libertad reside en la posibilidad efectiva de ejercer tales responsabilidades; que a éstas corresponden unos derechos proporcionados, y que de ello resulta una jerarquía, basada en el principio *unicuique suum* (a cada uno lo suyo)”.

Junto a esta actitud antiigualitarista, el pensamiento neoderechista, a través del itinerario intelectual de estos años, ha elaborado un complejo y extenso marco teórico que se caracteriza por constituir una nueva síntesis de ciertas ideas, con orígenes diversos e incluso contrapuestos, existentes tanto en el abanico de las ideas contemporáneas —atravesándolas de manera transversal—, como en los elementos conceptuales de la cultura en general. En este trabajo de síntesis la Nueva Derecha no ha vacilado en asumir ciertos discursos tradicionalmente monopolizados por la izquierda, como la crítica al imperialismo y al neocolonialismo y la defensa del tercermundismo y la causa de los pueblos, entre otros. Por este motivo se ha llegado a afirmar que “la Nueva Derecha es la única corriente de izquierda que permanece, porque tiene el coraje de sostener temas que la izquierda histórica ha abandonado por consideraciones de oportunismo”, aunque tal vez resultaría más adecuado señalar, como lo hace Domenach, que “el discurso reductor y antiuniversalista de la izquierda intelectual ha abierto el camino a la derecha. Tomemos la famosa ‘diferencia’: a fuerza de exaltarla, de querer ser bretón u occitano, se da la mano a una derecha que extrae la conclusión del rechazo de lo universal”.

Sin embargo, el recurso al reduccionismo político incluso por “convención”, impide determinar con mayor exactitud la esencia ideológica de la Nueva Derecha, por lo cual es preciso referirse más detenidamente al sentido de la teoría denominada dinámica de la transgresión, desarrollada por el líder de la versión italiana, Marco Tarchi. Ella constituye un método de síntesis conceptual que busca la coincidencia de los opuestos, postulando “no rechazar ningún hecho del mundo, combinar sin cesar las lógicas decretadas antagonistas, actuar conciliando las desideratas divergentes...”. Este método permite constatar a los intelectuales neoderechistas, la inexistencia de una derecha y una izquierda, sino la presencia de varias derechas e izquierdas,

conclusión que se llega por esta lógica transversal que “rompe los sistemas cerrados y fuerza a sus fragmentos a recomponerse de maneras diversas e infinitas... que rechaza tener en cuenta los encierros impuestos por las ideologías dominantes y por las prácticas políticas”.

La Nueva Derecha en su afán de ser “territorio ideológicamente liberado”, que busca consensos máximos y profundos, ha aceptado la realidad con sus complejidades y contradicciones intentando reconciliar antagonismos conceptuales aparentes y dar forma a una “nueva síntesis de ideas”, que constituya un proyecto histórico capaz de movilizar nuevas adhesiones y conciencias. De hecho, la Nueva Derecha francesa se encuentra enfrentada al desafío de anexar o insertar a su modelo histórico-cultural de la “Konservative Revolution” nietzscheana, de la época de la república de Weimar (bajo ningún respecto vinculada a la llamada revolución conservadora liberal de forma americana), “las nuevas pistas intelectuales de la filosofía francesa posmodernista (Lyotard, Foucault, Deleuze y Guattari, Derrida), más allá de la pátina izquierdista de los años 60-70, nutrida por la lectura de Nietzsche y Heidegger”.

En la postulación de ser pensamiento abierto y sintético, por efecto del alarde de principios como la tolerancia y el respeto, su marco teórico ha aceptado que se definan a la vez irracionalistas y racionales, partidarios de una modernidad vinculada a los mitos de las más ancestrales tradiciones europeas y también de una postmodernidad nietzscheana, lúdica y dura, alejada de la “soft ideología”. Se declaran revolucionarios y conservadores, apasionados por la técnica y también por lo sacro, lo mítico y la naturaleza. Se consideran antioccidentales y europeos, en el sentido que rechazan la imposición del modelo americano de homogeneización mundial y reafirman el ideal de identidad de una Europa como nación soberana. Inspiran esta posición en principios tales como el diferencialismo, el etnopluralismo, el comunitarismo y la revaloración de un organicismo social. Se declaran adversarios del Estado providencia o benefactor y favorables a la iniciativa empresarial y a la responsabilidad de los factores productivos, pero advierten que el orden económico debe estar subordinado a la suprema función soberana y política, al servicio de toda la comunidad nacional.

La dinámica y la apertura que presume la Nueva Derecha, ha estado reafirmada por el constante debate e integración de nuevas disciplinas e ideas en la elaboración de su modelo teórico. Esta “ofensiva multidireccional” va desde la historia hasta la psiquiatría, pasando por la etnología, la economía, la antropología, la sociobiología, la música, el estudio de las religiones, los mitos y el análisis crítico del feminismo, del racismo, la evolución, la eugenesia y otros temas controvertibles. Es que la Nueva Derecha, como dice Domenach, “no inculpa a la razón... al contrario: está por el espíritu científico”.

La justificación a lo anterior parte de la afirmación de que el hombre es un ser cultural y biológicamente constituido, y que la complejidad de la realidad impone un estudio interrelacionado de las ciencias humanas y las ciencias de la naturaleza. “Nuestra visión del mundo es orgánica y no mecanicista”, dice Guillaume Faye.

Metapolítica y gramscismo de derecha

CONSECUENTE CON LA "VOCACION INTELLECTUAL" DE LA NUEVA DERECHA que valora la acción cultural con preeminencia absoluta sobre la política en su sentido común, concebirá una estrategia denominada metapolítica, dirigida a establecer el dominio de aquellos valores e ideas selectos que configuran su concepción del mundo sobre las mentalidades, las conciencias y las esperanzas colectivas, con un estilo de convicción y no de oposición o imposición. Se aclara que la metapolítica "no niega o desprecia la política, sino sobre todo la trasciende y la reasume, poniéndola al servicio de un proyecto de vasto respiro".

La Nueva derecha ha escogido la estrategia de batirse en el plano cultural, de las ideas, comprendiendo que "la vulnerabilidad de las sociedades modernas a la propaganda del poder cultural, es inmensa". Por lo tanto, hay que anteponer como presupuesto necesario a toda acción política una acción cultural, de modo que aquella resulte eficaz y duradera. La estabilidad del poder político depende del consenso profundo que la comunidad haya logrado en cuanto a sus aspiraciones, sentimientos, valores de fondo, usos y costumbres, es decir, sobre el plano cultural, que no es más que "la base profunda que concurre a determinar el modo de ser, de existir y de actuar de la sociedad civil considerada prioritaria respecto al mundo en que operan los partidos".

Esta estrategia metapolítica implica prácticamente una subversión cultural, ajena por supuesto al concepto de golpe de estado o de conquista revolucionaria del poder político de acuerdo con la praxis leninista. Lo que importa es la "conquista del poder de las ideas", que obviamente constituye un trabajo de largo plazo. Alain de Benoist extrae de la experiencia histórica el siguiente juicio que servirá de fundamento a la adopción de la estrategia en cuestión: "Yo pienso, y el teórico comunista italiano Antonio Gramsci lo ha visto claramente, que las revoluciones políticas no son más que la consecuencia de las grandes revoluciones ideológicas, en otras palabras, para que haya un verdadero cambio político en el seno de la sociedad, es necesario que los valores, las temáticas principales, todo lo que constituye el espíritu del tiempo, el *Zeitgeist*, el espíritu general, haya sido ganado en el avance de lo que la revolución política consagrará y realizará". A continuación señala como ejemplos clásicos de este proceso, a la revolución francesa y a la revolución bolchevique, en las cuales no ve más que la encarnación de determinadas ideas o doctrinas en boga durante la época previa a su realización. En el primer caso la revolución no habría sucedido si el espíritu de las élites no hubiese estado preparado por la filosofía de la Ilustración.

La Nueva Derecha estima que la capacidad de su gestión en la opinión pública a través de una estrategia metapolítica, es más efectiva porque no es percibida y, desde luego, será políticamente más eficaz en el largo plazo, pues producirá un lento deslizamiento de las mentalidades de un sistema de valores a otro. En fin, se propondrá entonces una verdadera "hegemonía cultural", es decir, una dirección cultural o ideológica mediante la penetración en la sociedad de aquellas ideas y valores que configuran la concepción

del mundo neoderechista, estableciendo un consenso profundo más allá del liberalismo y del socialismo. "La hegemonía cultural, en sentido amplio, constituye la premisa para la formación y la sucesiva estabilidad de la hegemonía política".

La evidente valoración positiva que realiza el pensamiento neoderechista de la teoría de la hegemonía cultural elaborada por Antonio Gramsci, aceptándola como funcional y coherente con su estrategia metapolítica, lleva a adoptar como táctica o método necesario y eficaz en esta "conquista de las conciencias", en la penetración de sus ideas en lo social, lo que Guillaume Faye denomina "gramscismo de derecha".

Gramsci es considerado el teórico marxista de la superestructura ideológica y política, es decir, de la distinción entre la sociedad civil —lo privado constituido por lo cultural, religioso, moral e intelectual— y la sociedad política —lo público restringido al aparato estatal. Esta distinción le permitirá establecer la verdadera base y carácter de la hegemonía o dirección para la conquista definitiva del Poder, señalando en definitiva que aquella es primacía de la sociedad civil ante la política y, en consecuencia, preeminencia de lo cultural e ideológico por sobre lo político, abarcando "una concepción del mundo que se manifiesta implícitamente desde el arte hasta las ciencias, pasando por la economía, el derecho y todas las actividades de la vida intelectual y colectiva".

Coincidentes con la concepción gramsciana, los neoderechistas se estructurarán internamente mediante una "organización material destinada a mantener, defender y desarrollar el frente teórico e ideológico", con el objeto de tener la "suprema capacidad de interpretación de la historia y de soluciones de los problemas que ella plantea (hegemonía)". De esta forma, a fin de realizar esta praxis, contemplarán sus fundadores y animadores las instituciones fundamentales de difusión ideológica que el propio Gramsci distingue, entre las que se cuentan: revistas, editoriales, prensa y, en general, "todo aquello que influya o puede influir directa o indirectamente sobre la opinión pública", especialmente los círculos o clubes, etc. Igualmente, siguiendo fielmente las enseñanzas teóricas de Gramsci, la Nueva Derecha repetirá que para animar y administrar a esta "estructura ideológica", para ejercer la hegemonía cultural, se requerirá la presencia de los llamados "intelectuales orgánicos", quienes, actuando como células vivas de la sociedad civil, elaborarán la ideología y la transformarán en una concepción del mundo que impregnará a todo el cuerpo social, mediante una "guerra de posiciones" que acabe en el establecimiento del "consenso". Los intelectuales orgánicos, según Gramsci, constituyen el grupo que debe ser dirigente antes de la conquista del poder.

"Para nosotros —dice Faye, parafraseando al teórico italiano— las ideas constituyen armas al servicio de un proyecto. Los intelectuales aislados, neutros, no combatientes, no han marcado jamás la historia con un sello propio. En cambio, nosotros, damos prueba de un pensamiento y de una cultura comprometidas. Este compromiso no es ni será nunca político, sino histórico".

Junto a la valoración práctica de la teoría gramsciana, se sostiene la interpretación de que con ella se rompe con una parte esencial de la tesis

marxista al demostrar que la verdadera infraestructura no es el conjunto de los factores económicos, no es la determinación económica sino más bien la mentalidad, manejada por un mito o una cosmovisión.

En resumen, la táctica del gramscismo de derecha contiene la lógica del propio teórico comunista, de forma que la "hegemonía" antes de constituir dominación política será dirección cultural (metapolítica), el intelectual antes de ser político será un ideólogo, la estrategia antes de ser lucha partidista será guerra de posiciones ideológicas.

Conclusión

Al finalizar esta exposición cabe hacer algunas reflexiones sobre el sentido y alcance de la Nueva Derecha.

El fenómeno Nueva Derecha se inscribe de manera relativa en la historia de los sistemas ideológicos, al compartir más allá de simples coincidencias, determinados antecedentes de las ideologías, tipificadas por Juan Antonio Widow, que de algún modo los prefiguran, como son el nominalismo, la valoración de la ciencia moderna, el gnosticismo y el protestantismo. Respecto del primero, algunas de las versiones europeas de la Nueva Derecha hacen profesión de fe derivando de él su antigualitarismo y el principio de la diversidad como hecho fundamental del mundo. También la valoración de la ciencia en cuanto instrumento de conocimiento y transformación del mundo real. El gnosticismo y el protestantismo sólo pueden considerarse antecedentes muy indirectos relacionados con la Nueva Derecha, derivados de una concepción antropocéntrica que confía en la superior capacidad creadora e intelectual del hombre.

La relativa inserción de la Nueva Derecha entre los sistemas ideológicos se manifiesta en la falta de coincidencias de su modelo teórico con características consustanciales a aquellos, como el utopismo, la rigidez y clausura mental, la vulgarización o masificación de las ideas, el intento de nivelación igualitaria y de rechazo al principio de la diversidad.

Se podría afirmar entonces que el pensamiento neoderechista es una ideología no ideologizada al rechazar tales características, pero, no es suficiente. Tampoco puede decirse de él que constituye una herejía de las ideologías dominantes, porque no comparte la unidad sustancial de éstas fundada en la utopía de construir una sociedad universal.

El fenómeno Nueva Derecha es complejo y resultaría prematuro adelantar una definición, pues todavía se encuentra inconcluso el proceso de elaboración intelectual de aquella "nueva síntesis" pregonada por sus ideólogos, la que más bien se aproxima a una forma de sincretismo por su pretensión de conciliar doctrinas e ideas diferentes.

En todo caso, su pretensión de ser pensamiento abierto y tolerante, en constante evolución, su manifiesta disposición a debatir ideas y a estudiar la realidad desde diversos ámbitos del conocimiento; su postulado de la lógica y dinámica de la transgresión, hacen pensar que nos encontramos frente a una ideología que posee una sensibilidad posmoderna, contrastante con los sistemas ideológicos de la modernidad racionalista, aquellos de los grandilocuentes discursos universales llenos de esperanzas revolucionarias,

comprendiendo en ellos, por supuesto, al liberalismo, el marxismo, el socialismo y el fascismo.

Más allá de un idealismo revolucionario de cuestionamiento social y económico dieciochesco y de promesas de utopías futuras, la Nueva Derecha aparecerá más bien como una alternativa cultural o metapolítica de liderazgo o dirección de la "resistencia al hiperconformismo", para utilizar el término acuñado por Jean Baudrillard en *Cultura y Simulacro*, que explica la desconfianza disimuladamente desafiante que presentan las masas "a la manipulación política", "a cualquier práctica y teorías tradicionales".

El pensamiento neoderechista vendrá a llenar un vacío intelectual que las clases políticas de derechas e izquierdas habían producida por el conformismo y la rutina de sus discursos políticos. Se descubrirá entonces a una "derecha que vuelve a pensar", densamente ideológica, que critica fuertemente aunque exhibe una tolerancia casi liberal y, que como consecuencia de ello, aparecerá más diestra, por no decir más siniestra que la derecha tradicional, en las artes de debatir ideas con las izquierdas.